

LA FORJA DE UNA RESISTENCIA. INTELLECTUALES Y DICTADURAS EN EL CARIBE DE LOS AÑOS SESENTA

FREDERIQUE LANGUE

RESUMEN

Para las generaciones de intelectuales que defendieron y hasta contribuyeron a llevar al poder un proyecto democrático, la oposición a la dictadura constituyó tanto un imperativo ideológico mayor como la razón del exilio. A través del caso venezolano, que destaca por su “excepcionalidad” en las décadas posteriores al pacto de Punto Fijo, con motivo precisamente de su carácter democrático, se trata de resaltar itinerarios que, hoy en día, siguen siendo parte del debate político e intelectual, dentro de las modalidades muy peculiares de escritura de la historia nacional. Este ensayo intentará poner de relieve la evolución conjunta de referentes revolucionarios y/o democráticos hasta nuestros días así como el papel desempeñado por una historia oficial de lo más ofensiva y comprometida, que busca reelaborar y hasta reinventar una memoria asentada en la teleología bolivariana, a la par que oculta momentos clave de la historia democrática del país.

PALABRAS CLAVE:

Venezuela | Caribe | Democracia | Historia del tiempo presente | Generación del 28 |
Historia intelectual | Historia oficial

ABSTRACT

For intellectual's generations who defended and even helped bring to power a democratic project, opposition to established dictatorship was an ideological imperative and the motive of exile as well. Through the Venezuelan case, famous for its noteworthy “exceptionalism” during the few decades following the Punto Fijo pact, due precisely to its democratic empowerment, we shall insist on itineraries which are today, still part of the political and intellectual debate within the peculiar forms of writing national history. This essay will attempt to highlight the parallel evolution of revolutionary and / or democratic referents till present day as well as the role of a highly offensive and committed official history, which seeks to reframe and reinvent a memory established on the Bolivarian teleology and simultaneously intent to overshadow key moments of democratic history.

KEYWORDS:

Venezuela | Caribbean | Democracy | History of the present time | 1928 generation |
Intellectual history | Official history

“1928: la ideología conmovida”: con este título introduce el historiador Manuel Caballero el segundo capítulo de su *Crisis de la Venezuela contemporánea*, obra de singular importancia en la historia del tiempo presente venezolano. Momento estelar en la historia intelectual del país, punto de partida y de formación de una generación literaria, intelectual, y política, ese momento es, sin embargo, fruto de una crisis profunda, que abarca tanto las estructuras políticas como las representaciones sociales. El acucioso concepto de “crisis histórica” permite en este sentido evidenciar varios elementos clave en la historia del país, en la medida en que pone de relieve momentos de violencia paroxística o traumáticos —la “última catástrofe”, de acuerdo con el último libro de H. Rousso— con sus correspondientes desenlaces/salidas de conflictos (Rousso, 2012). Por ello mismo lleva al cuestionamiento de

lo que se puede denominar, en una perspectiva *huntingtoniana*, “comunidades de poder” como factores de desarrollo político institucional y de incorporación de fuerzas emergentes. Quizás este concepto de “crisis histórica”, como ruptura del consenso, sea algo redundante (de ahí la referencia a los paroxismos que posibilita el análisis de procesos históricos más que de eventos singulares). Ahora bien, tiende a delinear un observatorio, quizás el primero de la historia política del país, si consideramos su inscripción en un “siglo XX corto”, a la usanza de E. Hobsbawn. Asimismo se puede comprobar desde un punto de vista criollo/nacional el estallido de esta crisis en términos de historia intelectual y de historia de las ideas, durante el largo gobierno del “tirano liberal”, Juan Vicente Gómez (1908-1935), bien conocido por otro lado por la colaboración que supo instaurar con una *intelligentzia* o sea con unos cuantos intelectuales orgánicos, consejeros del poder político de turno, “luces del gomecismo”, cuyo representante más conocido quizás fuera Laureano Vallenilla Lanz (Stambouli, 2002: 25, Seginini, 1990, 1997; Hobsbawn, 1999).

En el caso venezolano, este momento coincide además con la formación de determinados partidos políticos y de un sistema político moderno, proceso que culminaría en los años cuarenta con la creación de los dos partidos AD y COPEI, partiendo de una experiencia previa, en el caso de los fundadores de AD, en el partido comunista venezolano (no en balde calificados como “adecomunistas”). Lucha política, literatura y periodismo conforman el crisol de unos años que van a desembocar, sin embargo, en una fuerte corriente migratoria de intelectuales condenados al exilio, dentro del área caribeña. Es el papel formativo de estos años lo que nos interesa aquí, su inscripción en el tiempo largo de la historia de las ideas y sensibilidades que nos lleva hasta la Venezuela de hoy, y su forma genuina de escribir una historia nacional indisociable, sin embargo, de un contexto hemisférico. Los años sesenta conformaron, en efecto, otro momento clave, después de la “liberación del miedo” (1936) y de los “nuevos actores” (1945), para retomar las caracterizaciones de M. Caballero.

Un compromiso democrático e intelectual arraigado en la Generación del 28

Esta coyuntura se abre en 1958 con la “crisis de la democracia y del modelo cultural” (cuestión de la idealizada “lucha armada” incluida), en que se originará sin embargo una de las democracias más longevas en un continente dominado por dictaduras, un período constitucional, la “IVa República”, hoy en día pasada por alto en los relatos oficiales —ya que la historia es, en primer término, relato—, opacado, ninguneado cuando a uno de sus actores de mayor creatividad ideológica y larga experiencia militante democrática, Rómulo Betancourt, se le conoce precisamente como el “padre de la democracia venezolana”. Se puede decir incluso que lo es a nivel continental, en todo caso en el ámbito caribeño, habida cuenta de la importancia de la doctrina Betancourt a la hora de consolidar formas de democracia representativa y, por lo tanto, de contrarrestar gobiernos autoritarios y regímenes afincados en el poder a raíz de un golpe militar. Tal es el sentido que se le confiere al “excepcionalismo venezolano”, expresión acuñada por Michael Coppedge para caracterizar la singularidad democrática venezolana en un continente dominado por regímenes autoritarios y hasta dictaduras a partir de la década de los 60 (Romero, 2005; Coppedge, 1994, 2005).

En tan movida coyuntura, y más si le echamos una mirada desde un tiempo presente, agobiado por una historia oficial adversa, este itinerario intelectual político resulta de lo más ilustrativo de una generación intelectual. Se trata, en efecto, de un itinerario en el cual la idea y la práctica de la resistencia desempeñan un papel fundamental, de la clandestinidad al exilio (en 1928 y 1948), y luego, en los años sesenta, con la defensa contra vientos y mareas (*i.e.* los dictadores del Caribe) de la democracia en la cuenca del Caribe y en el continente americano en general. Dentro de esta historia de las ideas democráticas habría que mencionar, obviamente, a numerosos compañeros de lucha política, representantes también de la vida políti-

ca e intelectual. Desde Venezuela, varios nombres de intelectuales, escritores, o periodistas ejemplifican este compromiso intelectual en defensa de la democracia, de Miguel Otero Silva a Mario Picón Salas, Rafael Pocaterra, Joaquín Gabaldón Márquez o Juan José Palacios, para mencionar tan sólo estos notables ejemplos. Muchos de ellos lucharon tanto contra la dictadura gomecista como contra la dictadura perezjimenista, de tal forma que, con sólo escribir una realidad novelada de los tiempos del “Benemérito” (Gómez) enfocada como el inicio de una democracia, el texto adquiriría un cariz de denuncia de la dictadura de turno, por más que ésta también llegase a constituir el trasfondo de otras novelas sustentadas en “evidencias de la vida venezolana” (son obvias las similitudes ficcionales con la de Pérez Jiménez), como fue el caso en la obra de Miguel Otero Silva (de *La muerte de Honorio a Casas muertas* o *Fiebre*). No pocas novelas comprometidas con el tiempo presente, por no decir novelas realistas de la generación del 28, y especialmente en el entretiem po que fluyó entre ambas dictaduras, tuvieron como protagonistas actores sociales y políticos de esos años de plomo, de la clase media o alta burguesía a los militares (M. Otero Silva, Briceño Iragorry, Díaz Sánchez, M. Picón Salas). De tal forma que la novela histórica nutrida en este proceso de concientización ideológica se convirtió a todas luces en novela política, ejemplificando además el desarrollo de unas ideas políticas que iban a plasmar no sólo en el intervalo entre ambas dictaduras sino también en las décadas de la era democrática, a raíz de la promulgación del pacto de Punto Fijo (1958). Hay que recordar en ese aspecto que Miguel Otero Silva fue el fundador en 1942 del diario *El Nacional*, medio de comunicación comprometido hoy en día en la lucha por la democracia bajo la dirección del hijo del escritor (Requena Torres, 2003: 63).

En esta aprensión de la “personalidad histórica” de R. Betancourt -que es parte de un trabajo más amplio de historia cultural del tiempo presente fundado en la escritura de la historia en Venezuela, en el ámbito caribeño y en una escala más amplia en los mundos ibéricos-, no podemos sino referirnos a una de las obras publicadas durante la coyuntura conmemorativa del centenario del nacimiento de Betancourt. *El Rómulo histórico* de Germán Carrera Damas (2008) se presenta como el esbozo de un itinerario intelectual y político que gira alrededor de cuatro conceptos clave de los años 60, conceptos casi estelares hasta el día de hoy, los de dictadura, revolución, democracia e internacionalismo; esos conceptos que van cobrando relevancia a lo largo de las distintas etapas de la vida del “político de nación”. Se puede distinguir una romántica o garibaldina, seguida de otra de fervorosa militancia comunista para culminar con la etapa del revolucionario democrático y del líder y estratega político/presidente de la República (1959-1964). Dicho de otra forma, y para resumir asimismo nuestro propósito a lo largo de este ensayo, se trata de la “sostenida decantación ideológica de un militante revolucionario”, circunstancias no siempre estudiadas salvo contadas excepciones como lo fue anteriormente el libro de M. Caballero sobre el período “leninista” del “padre de la democracia”. Más todavía: son, en la actualidad, circunstancias fundamentales de la historia de las representaciones e ideas opacadas por una historia oficial de turno, dedicada en enaltecer la “Revolución” bolivariana y su líder carismático — el “Comandante Supremo” — y en afianzar el culto al “Bolívar del siglo XXI” en contra del “Antiguo Régimen” y del compromiso democrático de algunos de sus representantes (Carrera Damas, 2013; Caballero, 1997; Hernández González, 2012; Langue, 2008)¹.

La actuación de los intelectuales en defensa de un sistema político moderno, tal como la ejemplificó Rómulo Betancourt (1908-1981) durante su prolongada actuación en el escenario político criollo -presidencia de la República incluida-, no puede desligarse en primer término del afianzamiento de nuevas formas de sociabilidad política e intelectual. Palabra clave en la medida en que contrarresta la herencia paternalista que se le achacó, con sobrada razón, a

1.- Hay que notar que *Rómulo histórico* es también el inusitado producto de una discusión iniciada desde la web de la Fundación Betancourt <http://fundacionromulobetancourt.com>

Juan Vicente Gómez (1908-1935), la sociabilidad promovida por el “político de nación” —otra expresión acuñada por Manuel Caballero en uno de sus notables estudios— se asienta en efecto en la defensa de una democracia bipartidista, aquella misma que caracterizó de forma “excepcional” la vida política venezolana en la década de los sesenta de acuerdo con los señalamientos de varios especialistas del período.

El rasgo más decisivo, en términos de sociología de la acción política, radica en el hecho de que R. Betancourt y sus compañeros de lucha no buscaron fomentar acciones de tipo individual sino promover un reclamo social a escala de la sociedad venezolana. Como bien lo demuestran las distintas fases de su itinerario intelectual y político, se convirtió en el portavoz de una “voluntad colectiva” propia de una generación política e intelectual —la del 28—, hoy en día olvidada o mejor dicho ninguneada por los adalides de la historia oficial de turno. Esta generación se formó a todas luces en la disidencia, en la lucha contra las dictaduras, no sólo la de Gómez, sino también durante la “dictablanda” de Pérez Jiménez y de otros regímenes autoritarios del Caribe. Se formó asimismo en el exilio, aciaga circunstancia que llevaría a sus integrantes a recorrer buena parte de los países de la cuenca caribeña y estrechar lazos intelectuales, ideológicos y políticos con sus pares (Caballero, 2004; Coppedge, 2005; Langue, 2009a)².

De la “Revolución de octubre” a una práctica de gobierno forjada desde el exilio

Ya tuvimos la oportunidad de recordar que R. Betancourt granjeó su primera experiencia gubernamental durante la llamada “Revolución de Octubre”. De este gobierno de facto encabezado por una logia militar, y que dio paso a una Junta Revolucionaria de Gobierno (1945-1948), terminó siendo presidente encargado. La segunda vez le tocó sumarse a la práctica gubernamental como presidente electo (1958) durante el mandato 1959-1964, de tal forma que en dos oportunidades le tocó involucrarse en la resistencia a una dictadura militar y en las consiguientes salidas de dictaduras: las de Juan Vicente Gómez y luego de Marcos Pérez Jiménez, amén del telón de fondo que constituye la militancia repetida desde el exilio. Tanto la militancia como la singular reflexión política que de ella se derivó serían elementos clave en la decisión de fundar el partido Acción Democrática (AD), uno de los pilares de la maquinaria partidista de los sesenta y de una democracia venezolana renovada en sus fundamentos (Arráiz Lucca, 2011).

Considerado ya como un líder atípico, algo polémico, Rómulo Betancourt ostenta entonces, en el umbral de una larga carrera política, la peculiaridad de haber encabezado y formalizado la resistencia a las dictaduras militares en dos oportunidades, bajo el régimen de Juan Vicente Gómez primero y luego ante la “dictablanda” de Marcos Pérez Jiménez, tanto dentro como fuera del país, dicho de otra forma, desde el exilio. La mismísima formación de Acción Democrática (AD) encierra no pocas paradojas: AD es, en efecto, un avatar de la opción revolucionaria continental y, caso único en el mundo, de un partido leninista no-marxista. Encarnación del instrumental populismo criollo, se convirtió hacia el final de la vida de su fundador, en el partido con mayores militantes de la Internacional Socialista. La obra y acción de R. Betancourt constituyen por lo tanto una piedra de toque de la historia intelectual y política de Venezuela, de la consolidación de la democracia partidista durante la segunda mitad de siglo XX, hasta la decadencia de ésta en las postrimerías del siglo y la llegada al poder de un líder carismático, Hugo Chávez, apoyado, a diferencia de R. Betancourt, en el omnipresente aunque eternamente refundado mito bolivariano y un personalismo político exacerbado (Langue, 2008, 2009a-b).

Aparte de insertarse en una historia continua del tiempo presente criollo, el itinerario

2.- La expresión es de Michael Coppedge.

intelectual del militante revolucionario, las acciones del hombre de partido y luego del hombre de poder R. Betancourt convergen hacia la creación y defensa del régimen democrático y, por antonomasia, del pluralismo político. Asimismo incorpora elementos tan disímiles como los derechos ciudadanos y humanos o la conformación institucional en un contexto de cuño presidencialista y de tradición nacional de personalismo político, el manejo por la nación venezolana de sus riquezas naturales y en primer lugar del oro negro, la participación en la vida política de campesinos o trabajadores e, in fine, programas educativos o en el campo de la salud pública. La lucha contra el militarismo de los años sesenta, anticipada por la sublevación antigomecista de Rafael Simón Urbina y Gustavo Machado en Curazao y Coro (1929) quizás constituya el eje del propósito renovador y democratizador del primer presidente de la década democrática. Otra opción de singular interés a la hora de oponer la obra de Betancourt a circunstancias más actuales en la vida política del país y en una perspectiva “regional” tiene que ver con la integración regional: se trata no sólo del proceso de integración continental sino del rechazo a los gobiernos de facto por la “doctrina Betancourt”, oportunamente recordada con motivo de golpes de Estado. Amén de sus preocupaciones por el tema de las relaciones internacionales, el itinerario político de Betancourt evidencia asimismo su oposición a los nacionalismos de cuño militar, entendidos como obstáculos implícitos al ejercicio cabal de la democracia, aunque también conviene resaltar sus planteamientos tempranamente anti-imperialistas en términos de explotación de los recursos naturales por compañías extranjeras, sendas circunstancias que la Revolución Bolivariana de Hugo Chávez no dejaron de poner de relieve en el transcurso de estos últimos años ninguneando, sin embargo, la obra de R. Betancourt en este terreno (Soriano, 1996; pino Iturreita, 2007; Irwin, Buttó, Langue, 2006; Irwin, Micett, 2008)³.

En el año 1928 el escenario político venezolano se caracteriza por “el paso del personalismo al colectivismo político”, de acuerdo con Manuel Caballero. Desde la universidad de Caracas, el estudiante de derecho R. Betancourt se inicia en la militancia, encabezando la rebelión estudiantil en contra del régimen gomecista; rebelión que, hay que recordar, tiene el antecedente de 1921. Entre los principios y lemas de esos “indignados” antes de tiempo, sobresalen dos reivindicaciones vigentes en la historia del tiempo presente venezolano: la lucha contra el personalismo y el aborrecimiento del militarismo, que asoma con todas luces en 1930 en un pacto que Rómulo Betancourt, junto con Raúl Leoni y Ricardo Montilla firman con Francisco de Paula Aristeguieta. Como lo puso de relieve Manuel Caballero:

“Los jóvenes del 28 no se proponen acabar con Gómez (por mucho que lo sueñen) sino con el gomecismo. Y acaso para ser mejor comprendidos en su proposición antipersonalista, comenzaron predicando con el ejemplo. Así, para enfrentar a la egomanía de tiranos y antitiranos, evitarán la primera persona del singular y acogerán su plural: no “yo”, sino “nosotros”; no “un caudillo” triunfante o derrotado, sino “una generación” (Caballero, 2008).

Entre 1928 y 1935 se va delineando un nuevo discurso político originado en la movilización estudiantil, muy distinto a las denuncias hechas por políticos de turno o algunos destacados intelectuales. De la novedad del asunto atestiguan las polémicas que surgieron en estos años en torno al significado de la democracia, de la “revolución”, ante una corriente izquierdista partidaria de la lucha de clases y de la reforma agraria. Preservar y defender la democracia (“por una democracia decente”) y la democratización del sistema político; luchar contra el imperialismo y desterrar de forma definitiva al caudillismo; mejorar los ingresos petroleros soñando con una lejana nacionalización de los recursos naturales fueron, sin embar-

3.- Sobre el “pretorianismo recurrente”, expresión acuñada por Domingo Irwin, y el uso de conceptos afines, remitimos a los estudios mencionados en la bibliografía.

go, ejes comunes en la mayoría de las proclamas políticas, aunque hay que notar que no fueron precisamente los más radicales los que lograron imponer su postura. En las filas marxistas estuvieron los hermanos Machado, Salvador de la Plaza, Miguel Otero Silva, y Juan Bautista Fuenmayor. Entre los “socio demócratas” destacaron Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, o Valmore Rodríguez. Hay que recordar asimismo que los protagonistas de esa semana de movilización durante el Carnaval en contra de Gómez, aquella “generación del 28”, desempeñaron un papel fundamental en la vida política nacional —cuatro llegaron hasta la presidencia de la República, otros fueron ministros, dirigentes de partidos políticos, especialmente en AD, el PCV, o la Unión Democrática Republicana o URD, etc.—, beneficiándose en ese aspecto de la estimación de la sociedad civil hasta la década de los setenta. La actuación del propio Betancourt, no como dirigente de la Federación de estudiantes de Venezuela (FEV) sino como orador junto con Jóvito Villalba le confirió en esa oportunidad el estatuto de líder político, incluso a los ojos de militantes críticos de aquella semana de protesta estudiantil, el dirigente comunista Rodolfo Quintero (Coronil, 2002: 117 ss.; Jackson Alexander, 1982: 45 ss.).

Este compromiso democrático se reforzaría en el caso de Betancourt en los siguientes años, desde Curazao, Colombia y Costa Rica. Allí el exiliado se le acercó al recién fundado Partido Comunista y emprende su aprendizaje del marxismo-leninismo, convirtiéndose en uno de los principales líderes del Partido comunista de Costa Rica. También fue miembro de la redacción de la publicación del PCCR, *Trabajo*, mientras trabajaba de profesor en la Universidad Popular de los Trabajadores o fungía como funcionario de la Biblioteca Nacional costarricense. En Costa Rica el “joven Betancourt”, como se le solía llamar, funda la Agrupación revolucionaria de Izquierda (ARDI), que lanzará en 1931 el legendario Plan de Barranquilla, intento por definir una plataforma para la definición de una nueva izquierda. *El Plan de Barranquilla* (1931) y, a los diez años, la fundación de Acción Democrática (1941), partido “nacido para hacer historia”, de acuerdo con la fórmula del mismo Betancourt, constituyen en ese aspecto los dos hitos del Betancourt histórico, en la línea directa de los principios adelantados en 1928. En el Plan de Barranquilla, verdadero manifiesto político, se expresa ya una “desmesurada” aspiración al liderazgo, a la par que un proceso continuado de maduración política con su consiguiente reflexión teórica dentro de un escenario continental, tal como lo puso de relieve Demetrio Boersner para los primeros gobiernos de izquierda democrática y la primera oleada de regímenes autoritarios populistas en la región. Hay que señalar que en estos años el “joven Betancourt” todavía no descarta por completo el recurso a las armas, dicho de otra forma a un movimiento insurreccional armado. Se considera sin embargo que la ruptura con las ilusiones garibaldinas no se produciría sino hasta el Plan de Barranquilla y sus aportaciones novedosas a la estrategia política de los exiliados. Betancourt no aparece claramente como autor del manifiesto, pese a unos giros estilísticos ya propios tanto del militante como del historiador. La ocultación de su protagonismo tiene como finalidad resaltar la obra del colectivo fundado en estos años, ARDI. Asimismo hay que resaltar la ausencia de representantes del ejército entre los firmantes y la búsqueda de una reflexión programática de largo alcance, encaminada a fundar la Venezuela moderna (Caballero, 2013: 67 ss., y 2008; Caerrera Damas, 2008, y 2008; Boersner, 2013; Suárez Figueroa, 1974).

En 1936, Rómulo Betancourt regresa a Venezuela, expulsado de Costa Rica como consecuencia de las gestiones emprendidas por los diplomáticos de su país. Para aquel entonces, había muerto el “tirano liberal” Juan Vicente Gómez. Con la ayuda de Alberto Adriani y Mariano Picón Salas, funda el Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), integrado mayoritariamente por representantes de la Generación del 28 más que por marxistas leninistas, y con el fin de reunir sectores adversos a la política de Gómez y de sus sucesores. Obligado a regresar a la vida clandestina en marzo de 1937, intenta organizar un grupo heterogéneo de obreros, campesinos, maestros, estudiantes y profesionales, oponiéndose a los extremos del

momento: la derecha reaccionaria y el comunismo sovietizante, en la medida en que seguía en la dirigencia del recién creado Partido Democrático Nacional (PDN, 1937) junto con Jóvito Villalba. Es el momento en que escribe en la columna “Economía y Finanzas” del diario *Ahora*. Exiliado por el general Eleazar López Contreras (1935-1941), se instala en Chile, donde conoce a dirigentes del Partido Socialista (Oscar Schanke y Salvador Allende). Betancourt ya es un dirigente conocido a nivel continental. Desde Chile, publica *Problemas Venezolanos* (1940), recopilación de columnas aparecidas en la revista *Ahora* (Caballero, 1994; Carrera Damas, 2013: 185-190).

Cuando regresa del exilio en 1940, comprometido ya en el proceso de creación de Acción Democrática (AD), Rómulo Betancourt promueve la candidatura simbólica de R. Gallegos para las elecciones presidenciales, ganadas por Medina Angarita en mayo de 1941. En esta fase de intensa reflexión política, utiliza constantemente a la prensa para difundir sus ideas, especialmente en el diario *El País*, fundado en 1944 bajo la dirección de Valmore Rodríguez, antes mencionado por su participación en la movilización estudiantil del 28. El 18 de octubre de 1945, después del derrocamiento de Medina Angarita por una conjura militar, es presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno. En ese preciso momento, y en una coyuntura de desplazamiento de la élite política formada durante el gomecismo, sólo se puede hablar, sin embargo, de un protagonismo secundario de Betancourt; hasta que lo sustituyese en el cargo el escrito Rómulo Gallego, elegido Presidente de la República en 1947 en representación de AD, en el mismo año en que se promulgó la nueva Constitución (1946) y en un contexto de modernización del país —incluso respecto a las fuerzas armadas, proceso iniciado durante el gomecismo— favorecido ya por la renta petrolera. Si bien se distinguen dos fases, el 18 de octubre y sus antecedentes, y el trienio que le sigue hasta el 24 de noviembre de 1948, el 18 de octubre de 1945 no fue, en efecto, una revolución sino un pronunciamiento militar clásico. Tal es el análisis adelantado por el propio Betancourt en su libro *Venezuela: política y petróleo* (publicado en 1956 desde otro exilio), fruto de la intensa actividad política y diplomática de estos años, que lo llevó a participar en la IX Conferencia de los Estados Americanos (1948) y a participar en la redacción de la Carta fundadora de la Organización de los Estados Americanos (OEA). De hecho, el proyecto civilista del Trienio no se concretaría sino a fines de los años sesenta, aprovechando un mayor auge económico sustentado en el oro negro (Caballero, 2008; Consalvi, 2008; Langue, 2009a).

Como bien lo subraya M. Caballero ese momento histórico destaca además por varios motivos conexos. Por primera vez se produjo un golpe militar en Venezuela, en el sentido de una iniciativa institucional —actuaron oficiales, entre ellos Marcos Pérez Jiménez y Carlos Delgado Chalbaud— y no de una conspiración fomentada por un caudillo y sus allegados, como fue el caso en otros momentos de la historia nacional. Tampoco se trató de una insurrección popular. Fue además el ejército el que “apadrinó”, de cierta manera, al partido AD en esa oportunidad. De tal forma que la defensa de la democracia pasa paradójicamente por una Junta Revolucionaria de Gobierno, formada a raíz del movimiento militar. El consenso duradero entre ambos actores de la vida política criolla prescindiría de otras aportaciones o influencias, como lo dejó sentado unos años después R. Betancourt en varias publicaciones y revistas, así en *Cuadernos Americanos* —pese a una línea editorial centrada en la defensa de la Revolución cubana—, ejemplifica esta simbiosis civiles-militares así como la resurgencia del pretorianismo que iba a caracterizar de forma duradera las prácticas de la democracia a partir de 1958 (Caballero, 2008; Betancourt, 1949; Irwin, 2000: 17-22; Irwin, Castillo, Langue, 2007; Irwin, Micett, 2008)

Otro golpe militar, el del 24 de noviembre de 1948, protagonizado por el Jefe de Estado Mayor Marcos Pérez Jiménez, introduce una ruptura en el rumbo democrático del país y en

la carrera política de Betancourt, condenado nuevamente a exiliarse de forma duradera —es el tercer exilio—, fundamentalmente dentro del espacio caribeño: en Cuba, Costa Rica, Puerto Rico (1951-1958), Estados Unidos. Allí coincide con Rafael Caldera y un personaje clave en el regreso a la democracia de 1958, Jóvito Villalba, otrora protagonista de la lucha estudiantil contra Gómez aunque calificado de “eclipse de una ambición de poder”. Con frecuencia se le presenta a J. Villalba como el polo opuesto a Betancourt aunque fue fundador, junto con él y con otros dirigentes, del Partido Democrático Nacional (PDN) y, en 1945, de la Unión Republicana Democrática (URD), un partido de tendencia liberal, democrática y nacionalista (Croce, 1990; López Meléndez, 2008).

Albores y desventuras de la democracia: interconexiones caribeñas

A raíz de la caída de la “dictablanda” el 23 de enero de 1958 y de la adopción del Pacto de Punto Fijo, R. Betancourt es elegido Presidente de la República para el período constitucional (1959-1964) frente a varias candidaturas, tales como las del contralmirante Wolfgang Larrazábal, apoyado por Unión Republicana Democrática (URD) y el Partido Comunista, y la de Rafael Caldera, por el Partido Socialcristiano COPEI. Betancourt inicia su período presidencial en un contexto de azarosa transición hacia la democracia, entre huelgas, atentados en su contra (24 de junio de 1960, urdido por Trujillo desde la República Dominicana) asonadas militares, y, sobre todo, lucha armada, en un contexto no sólo caribeño sino, en adelante, continental, habida cuenta de la influencia creciente de la Revolución cubana en el orden ideológico e intelectual. No viene al caso detallar aquí el conjunto de las medidas tomadas a instancia de R. Betancourt con vistas a ampliar la democracia en su acepción política, económica y social (Mondolfi Gudat, 2013). Tan sólo mencionaremos para el imaginario y el devenir institucional de estas décadas, la ley del *fifty-fifty* que obliga a las compañías petroleras a revertir el 50% de sus beneficios al Estado -paso previo hacia la nacionalización de la industria petrolera (ley que defenderá como senador vitalicio en 1975)- y la creación de la Corporación venezolana del petróleo (futura empresa estatal PDVSA), amén de una diplomacia ofensiva con vistas a la creación de la OPEP, la promulgación de la Carta Magna de 1961, fundadora realmente de la democracia criolla. Si bien estas medidas se benefician con cierta aceptación en la opinión pública en el tiempo largo, en cambio, otras decisiones, fundamentalmente políticas, abrieron una brecha duradera en el imaginario político nacional, hasta el punto de inflexión de hoy, en lo que a historia oficial se refiere (de acuerdo con la aprehensión de la “contemporaneidad” adelantada en los manuales de historia). Se trata de la actitud manifestada por Betancourt ante la lucha armada, y más precisamente de la represión manejada desde las cúpulas del gobierno democrático a las guerrillas de los años sesenta —influenciadas por el “foquismo”— y por perseguir a los militantes del MIR o del PCV (el otrora defensor de una teoría revolucionaria venezolana de la democracia prohibió las manifestaciones públicas sin autorización, suspendió las garantías). En la casi exclusiva mayoría de las interpretaciones de las décadas anteriores a la victoria del Comandante, o sea de 1958 a 1998, se les achaca a los distintos gobiernos de la era democrática la responsabilidad de la “tragedia nacional” (Langue, 2011; Meza, 2013).

En la mítica y paradigmática reescritura de la historia nacional llevada a cabo con especial empeño desde el año 2008 —desde el recién fundado Centro Nacional de Historia—, se recuerda del gobierno de Rómulo Betancourt (1959-1964) la represión a la lucha armada de inspiración castrista, “traición” plasmada a continuación en el Pacto de Punto Fijo, consenso mediante el cual los partidos políticos AD Democrática, URD y Copei buscaron garantizar la estabilidad democrática a través del gobierno nombrado en 1959. Así, el pacto de Punto Fijo dejó por fuera al antiguo aliado en la lucha contra la dictadura, como fue el Partido Comunista de Venezuela. Más adelante, la aplicación de la “doctrina Betancourt” contempló el apoyo

de Venezuela a la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos en 1960. En realidad, y desde 1959, con motivo de las manifestaciones ocurridas en Ciudad Bolívar, el estadista Betancourt condenó cualquier intento de “desorden público” contra la “democracia”. Dentro de la leyenda chavista y especialmente su vertiente cívico-militar, en estos inicios de la democracia representativa hay que ubicar una traición al “espíritu unitario de la revuelta cívico-militar que culminó con el derrocamiento del último dictador del siglo XX, Marcos Pérez Jiménez”. Durante la presidencia de Raúl Leoni (1964-1969), elegido en medio de la agitación política promovida por el Frente de Liberación Nacional, siguió la represión de la lucha guerrillera, con un “agravante” en los ojos del chavismo: la imposición de la llamada Doctrina de Seguridad Nacional promovida a nivel continental desde Estados Unidos. Dentro de la “Doctrina Betancourt” y del distanciamiento respecto a sus antiguos compañeros de militancia, que pasaría por una mayor influencia en la Carta de la OEA, la negativa a reconocer regímenes impuestos por la fuerza —Argentina, Perú, Guatemala— y especialmente dictaduras, se privilegiaron de forma sistemática las alianzas con las otras democracias regionales (Langue, 2009a; Kelly y Romero, 2005: 117 ss.).

En los siguientes años, el partido fundado por Betancourt ya no es el movimiento radical, aunque no revolucionario, de sus principios. Su reformismo insistente hace que “CAP” se convierta en uno de los representantes más conocidos del “populismo petrolero”. En cuanto a R. Betancourt muere en Nueva York el 28 de septiembre de 1981 después de haber mantenido siempre una vida intelectual muy activa —sin por eso interferir en la vida política de su país, manteniéndose como líder democrático y no como representante del personalismo criollo— los numerosos documentos conservados hoy en día por la fundación epónima lo atestiguan. Ahora bien, y pese a su negativa a inscribir su acción política en el marco personalista criollo y durante un período convulso de la historia nacional y hemisférica, contribuyó en la imposición de una potente maquinaria política: como bien lo puso de relieve el itinerario intelectual y político de la Generación del 28, el pueblo a través de la influencia de AD se convirtió, en efecto, en protagonista consensual del escenario político, dentro de un proceso de modernización de las estructuras e instituciones políticas caracterizado por la alternancia partidista en el poder (Discurso “Encuentro con el pueblo”, 9 de febrero de 1958, en Suárez Figueroa, 2006: 271 ss.; Rey, 2008).

La era conmemorativa: (bi)centenario y Revolución Bolivariana

Si bien la expresión “padre de la democracia” perdió vigencia e incluso fue objeto de críticas en la misma oposición intelectual al chavismo por su carácter adulator y paternalista (sic), la celebración del centenario del nacimiento de R. Betancourt abrió otra fase en la visión que del líder político arrojó el imaginario criollo. En contraposición al modelo impuesto por la Revolución Bolivariana y su líder carismático en el contexto del bicentenario de la Independencia, la personalidad política de R. Betancourt y por consiguiente, su legado político de lo más pragmático, han sido objeto de una suerte de culto radicalmente opuesto a la religión cívica del “culto a Bolívar” (el de ayer y el de hoy). En ese aspecto, la propensión del imaginario político criollo a idealizar el pasado tiende a hacer caso omiso de la imprescindible reflexión sobre el personalismo político en la historia, y más aún, sobre el “personalismo caudillista” que impidió, hasta la década de los sesenta, que se consolidara un sistema democrático pluralista y sus correspondientes liderazgos, incluso en la vertiente colectiva que caracterizó precisamente a AD. En el registro de los símbolos preciados de la Revolución Bolivariana y de la nueva historia oficial, o por el contrario, desechados y relegados en el rubro de los espantapájaros, hay que recordar que figura, en el caso de R. Betancourt —presentado como representante del odiado “Antiguo Régimen” de la “Cuarta República”— una obra de arte de la escultora Marisol Escobar. Esta obra que mostraba un perfil de Betancourt rodeado del humo de su pipa

fue destruida por la “Revolución” acatando órdenes “superiores” (Carrera Damas, 1989; Pino Iturrieta, 2003; Caballero, 2004: 15).

Si uno hace caso omiso del regreso de la figura de Betancourt en los discursos políticos opositores, que no hace sino encubrir un vacío ideológico y opacar el derrumbe de la institucionalidad democrática y la involución del proceso democrático (proceso que se remonta a finales de los años 1970, con la crisis del sistema partidista, el auge de la “partidocracia”, fundamentalmente a partir de la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez), no apuntan sino a una evidencia: la vocación fundamentalmente optimista del “Betancourt histórico” y de su lucha por una “República liberal democrática reinstaurada”. Ahora bien, la figura de Betancourt sigue siendo “referencial” en la historia nacional y hemisférica —si consideramos la portada del Times, del 8 de febrero de 1960 dedicada a América Latina “The Real Builders”, con un retrato del presidente venezolano —, en la medida en que simboliza dos maneras radicalmente opuestas de entender la política: “la democrática, de liderazgo colectivo, y la personalista, de practicarla como botín de guerra”. En pocas palabras, prefigura de cierta forma y sienta las bases de una imprescindible cultura política e institucional moderna alejada tanto de la arbitrariedad propia del personalismo caudillista heredado del siglo XIX como de sus desmanes más recientes (Consalvi, 2008b ; Rey, 2008 : 9, 22 ; Caballero, 2008; Suárez Figueroa, 2007).

El recuerdo de este itinerario intelectual y político quedaría sin embargo incompleto de no considerar, en estos tiempos de polarización de las opiniones públicas, y de imposición de una ofensiva historia oficial (desde el Centro Nacional de Historia, 2008), un aporte considerable a la comprensión de su período de gobierno: el estudio del frustrado y poco conocido y hasta silenciado atentado del 24 de junio de 1960, tramado con apoyo externo, desde Santo Domingo, bajo el patrocinio de Trujillo (de acuerdo con la alocución nacional que el mismo Betancourt pronunció en esa oportunidad). Este episodio sobre el cual existe una mínima bibliografía —de ahí la importancia de la investigación realizada recientemente por Edgardo Mondolfi Gudat, fundamentalmente en el archivo de la Fundación Betancourt, entre varios acervos históricos— y en que influyeron antiguos colaboradores del perezjimenismo, huéspedes de la repudiada dictadura de Trujillo (remitimos sobre el particular a la novela de Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*, 2000), se inserta en efecto en un enfrentamiento de larga data entre dos concepciones opuestas del poder (democracia/dictadura), entre ambos presidentes. Estas desavenencias se originaron en la década de los años 1940, durante el Trienio presidido por Betancourt, momento en que al Caribe lo “dominaban” Somoza en Nicaragua y el Generalísimo Trujillo en Santo Domingo, y, por otro lado, la corriente revolucionaria internacional consolidada luego a raíz de la Revolución Cubana. Su ética personal y republicana hizo que el presidente venezolano no le sacara provecho al asunto (Rojas, 2005; Mondolfi Gudat, 2013; Langue, 2013a, 2009b, 2011, *TalCualDigital*, 2014; Meza, 2013; Rousso, 2012).

Si bien se registraron varias intentonas golpistas, se considera que el atentado de los Próceres en Caracas fue una de las últimas acciones protagonizadas por los adversarios de derecha en contra de un régimen democrático y de un presidente de reconocida aceptación entre sus pares, incluso en el escenario internacional (OEA), como bien lo señala E. Mondolfi. El dictador dominicano fue asesinado al año siguiente y una chapa de silencio rodeó estos años, pese a la publicación en 1975 de un cauto informe del senado de Estados Unidos, testimonio entre otros muchos de la efectividad de las contrastadas relaciones “hemisféricas” a la hora de contrarrestar democracias o dictaduras a lo largo y ancho del continente. No queda la menor duda de que, más allá del juego de espejos, quedan por desvelarse muchos aspectos de las relaciones internacionales de estas décadas. Esta tipo de contribución constituye, sin embargo, un aporte fundamental a la comprensión del “Rómulo Histórico”, logrando quebrar de esta forma parte del silencio y de las incógnitas que rodearon los primeros tiempos de la

democracia venezolana, un silencio que se impuso nuevamente en la escritura mitificada de la historia criolla en el siglo XXI, en el marco de la historia oficial de turno, y de una verdadera “guerra de las memorias” promovida desde la cúpula del Estado y el Centro Nacional de Historia, contienda de marcado contenido ideológico que induce a una confusión entre historia y memoria (Mondolfi Gudat, 2013; Langue, 2013a, 2009b, 2011).

Un solo ejemplo reciente basta para tomar la medida de la regresión democrática: las celebraciones de intentos golpistas y asonadas militares en la historia nacional son ahora parte del calendario conmemorativo, lo que confirma la tristemente célebre caracterización del héroe nacional Simón Bolívar acerca de la incipiente nación venezolana —Venezuela como un cuartel—. El discurso del presidente Maduro celebrando la rebelión de la juventud bolivariana, a los 22 años del intento de golpe de Estado del 4 de febrero de 1992 —protagonizado por H. Chávez— contra la “dominación imperial” y la “decadencia puntofijista” participa asimismo de la inversión de la historia nacional del tiempo presente en su vertiente democrática. Plantea, por lo tanto, la cuestión no tanto de los modelos interpretativos de la historia reciente/del tiempo presente o actual como se lo quiera llamar, sino de la vigencia de los paradigmas nacionales en la historia del tiempo presente. Asimismo, insiste en la repetición de determinados acontecimientos históricos con efectos similares en la larga duración, poniendo de relieve para las postrimerías del siglo XX e inicios del XXI la relación entre escritura de la historia y prácticas de la democracia, así como la difícil viabilidad de la historia como mirada crítica en un contexto de instrumentalización de la historia y de usos políticos del pasado en un registro emocional. Hoy en día, luego de varias semanas de movilización estudiantiles respaldados por la sociedad civil desde mediados de febrero del 2014 y después de otra “liberación del miedo” anticipada en el caso de las universidades en los años anteriores, la exigencia de democracia vuelve sin embargo a aparecer y, con ella, el recuerdo de las marchas del 28 y en telón de fondo, la referencia al “Padre de la democracia” relacionada en el caso de los estudiantes con un principio mayor del tiempo presente: la indignación y el imprescindible espíritu crítico (Meza, 2013; Langue, 2013b; Lagrou, 2013).

Bibliografía

- “Cambios en la historia”, 04/02/2014, *TalCualDigital.com*, <http://www.talcualdigital.com/Nota/visor.aspx?id=98417&tpCont=1>
- Alberto Consalvi, Simón (2008b). “El personalismo, antes y ahora”, 19/5 <http://www.analitica.com/>
- Arráiz Lucca, Rafael (2011). *El “Trienio adeco” (1945-1948) y las conquistas de la ciudadanía*. Caracas: Alfa Editorial.
- Betancourt, Rómulo (1949). “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América”. *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto).
- Boersner, Demetrio (2013). “Gobiernos de izquierda en América Latina: tendencias y experiencias”. *Nueva Sociedad*, n°197 <http://saber.ucv.ve/jspui/handle/123456789/3912>
- Caballero, Manuel (1994). Gómez, *El tirano liberal*. Caracas: Monte Ávila Editores, Latinoamericana.
- Caballero, Manuel (1997). *Rómulo Betancourt. Leninismo, Revolución y reforma* -Selección, prólogo y notas de Manuel Caballero-. México: FCE.
- Caballero, Manuel (2004). *Rómulo Betancourt, político de nación*. Caracas: Alfadil-FCE.
- Caballero, Manuel (2008). “El Betancourt histórico”. *El Universal*, 23/02/ <http://www.eluniverso.com>

- sal.com/2008/02/23/pol_art_el-betancourt-histor_726482
- Carrera Damas, Germán (1989). *El culto a Bolívar*. Caracas: Grijalbo.
- Carrera Damas, Germán (2008). *Emergencia de un líder. Rómulo Betancourt y el Plan de Barranquilla*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, Serie Cuadernos de Ideas Políticas n°7.
- Carrera Damas, Germán (2013). *Rómulo histórico*. Caracas: Editorial Alfa.
- Consalvi, Simón Alberto (2008a). *Rómulo Betancourt en la Conferencia de Bogotá, 1948*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, Serie Cuadernos de Ideas Políticas n°8.
- Coppedge, Michael (1994). *Strong Parties and Lame Ducks: Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*. Stanford: Stanford University Press.
- Coppedge, Michael (2005). *Explaining Democratic Deterioration in Venezuela Through Nested Inference*. En Hagopia, Frances, Mainwaring, Scott (eds.). *The Third Wave of Democratization in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Coronil, Fernando (2002). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: CDCH-UCV/Nueva Sociedad (1ra ed. 1997).
- Croce, Arturo (1990). *Jóvito Villalba en la historia política de Venezuela*. Caracas: Ed. Ávila Arte.
- Irwin, Domingo, Micett, Ingrid (2008). *Caudillos, militares y poder. Una historia del pretorianismo en Venezuela*. Caracas: UPEL-UCAB.
- Hernández González, Manuel (2012). “Ensayo historiográfico sobre Rómulo Betancourt (1908-1981)”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, núm. 12 <http://nuevomundo.revues.org/63862>
- Hobsbawn, Eric (1999). *Historia del siglo XX (1994)*. Buenos Aires: Crítica, 1999. <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/issue/view/22>
- Irwin G., Domingo, Micett, Ingrid (2008). *Caudillos, militares y poder: una historia del pretorianismo en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Irwin, Domingo (2000). *Relaciones civiles-militares en el siglo XX*. Caracas: El Centauro.
- Irwin G., Domingo, Buttó, Luis Alberto y Langue, Frédérique (2006). *Control civil y pretorianismo en Venezuela*. Caracas: UCAB.
- Irwin, Domingo, Castillo, Hernán y Langue, Frédérique (coords.) (2007). *Control civil y pretorianismo en Venezuela, Opus. Cit, y Pretorianismo venezolano del siglo XXI. Ensayo sobre las relaciones civiles y militares venezolanas*. Caracas: UPEL-UCAB.
- Jackson Alexander, Robert (1982). *Rómulo Betancourt and the Transformation of Venezuela*. New Brunswick N.J-London, Transaction Books.
- Kelly, Janet, Romero, Carlos A. (2005). *Venezuela y Estados Unidos: Coincidencias y conflictos*. Caracas: Los libros de El Nacional.
- Lagrou, Pieter (2013). “De l’histoire du temps présent à l’histoire des autres. Comment une discipline critique devint complaisante”. *Vingtième Siècle*, 2013/2, n°118, 101-119.
- Langue, Frédérique (2008). “Bolívar, Mantuano y Héroe. Representaciones y sensibilidades ante el mito republicano”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, n°8, <http://nuevomundo.revues.org/index14632.html>
- Langue, Frédérique (2009a). “Rómulo Betancourt. Liderazgo democrático versus personalismo en tiempos de celebraciones”. *Araucaria Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Universidad de Sevilla, Año 11, N° 21, 226-238. <http://www.institucional.us.es/arauca->

ria/nro21/nro21.htm

Langue, Frédérique (2009b). “La Independencia de Venezuela. Una historia mitificada y un paradigma heroico”. *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla), 2009b, vol. 66-2, 245-276. <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/viewArticle/324>

Langue, Frédérique (2011). “‘Levántate Simón, que no es tiempo de morir’. Reinención del Libertador e historia oficial en Venezuela”. *Araucaria Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Universidad de Sevilla, n° 25, 26-45. <http://www-en.us.es/araucaria/nro25/nro25.htm>

Langue, Frédérique (2013a). “Usos del pasado y guerra de las memorias en la Venezuela de la ‘Segunda Independencia’”. *Polis, Revista Latinoamericana* (Chile), n°34 <http://polis.revues.org/8953>

Langue, Frédérique (2013b). “Escribir la historia del tiempo presente o el imperio de las emociones”. *Revista Páginas*, Universidad Nacional de Rosario/Conicet (Argentina), n°9, 9-18 <http://web.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/RevPáginas/article/view/257/305>

López Meléndez, Teóduo (2008). “Jóvito Villalba, elipse de una ambición de poder”. *Venezuela Analítica*, 27/3/ <http://www.analitica.com/va/politica/opinion/9427108.asp>

Meza, Alfredo (2013). “La Historia, según el chavismo”. *El País*, 26/12/ http://internacional.el-pais.com/internacional/2013/12/24/actualidad/1387911114_993673.html

Mondolfi Gudat, Edgardo (2013). *El día del atentado. El frustrado magnicidio contra Rómulo Betancourt*. Caracas: Editorial Alfa.

Pino Iturrieta, Elías (2003). *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*. Madrid: Ed. de la Catarata.

Pino Iturrieta, Elías (2007). *Nada sino un hombre. Los orígenes del personalismo en Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa.

Requena Torres, Isidoro (2002). *La memoria desmitificadora: la novela venezolana durante el perezjimenismo*. Mérida: Universidad de los Andes.

Rey, Juan Carlos (2008). *Personalismo o liderazgo democrático. El caso de Rómulo Betancourt*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, *Serie Cuadernos de Ideas Políticas* n°5.

Rojas, Rafael (2005). “México y las dictaduras caribeñas (1934-1959)”. *ISTOR*, núm. 39 http://www.istor.cide.edu/archivos/num_39/notas.pdf

Romero, María Teresa (2005). *Venezuela en defensa de la democracia/1958-1998. El caso de la Doctrina Betancourt*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Rouso, Henry (2012). *La dernière catastrophe. L'histoire, le présent, le contemporain*. París: Gallimard.

Segnini, Yolanda (1997). *Las luces del gomecismo*. Caracas: Alfadil-Colección Trópicos.

Segnini, Yolanda (1999). *Los caballeros del postgomecismo*. Caracas: Alfadil-Colección Trópicos.

Soriano de García Pelayo, Graciela (1996). *Personalismo político hispanoamericano del siglo XIX*. Caracas: Monte Ávila.

Stambouli, Andrés (2002). *La política extraviada. Una historia de Medina a Chávez*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

Suárez Figueroa, Naudy (1974). “El joven Betancourt. La socialdemocracia”. *Nueva Política*, n.º. 14, 3-129.

Suárez Figueroa, Naudy (comp.) (2006). *Rómulo Betancourt. Selección de escritos políticos 1929-1981*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt.

Suárez Figueroa, Naudy (2007). “Sobre el optimismo político en tiempos desesperantes: el caso Rómulo Betancourt”. *Revista Logogrifo*, mayo de 2007 <http://aladecuervo.net/logogrifo/0705/logo2.htm>

Vargas Llosa, Mario (2006). *La fiesta del Chivo*. Madrid: Alfaguara (1ra ed. 2000).

Frédérique Langue

Doctora en historia. Investigadora principal en el Centre de la Recherche Scientifique (CNRS), Francia. Correo electrónico: flangue@ehess.fr